

do este vencimiento por las fuerzas de la naturaleza, porque en todos es la misma, forzoso es que fuese por las de algun brazo extraño que les sostuviese el corazon en el combate, y se lo reforzase para la victoria.

46 Ahora, pues, Ibrahin, ya que estais tan versado en la historia de mi país, y me quisisteis probar, con la conducta de algunos de sus príncipes detestables, que ellos no tenían libertad para domar sus pasiones, por la misma razon estais ahora obligado á conceder que los buenos príncipes que triunfaron de ellas lo consiguieron por el socorro del brazo omnipotente. ¿Qué me diréis de Piasto el Filósofo¹, del gran Mieceslao, de Boleslao su hijo, imágen de un príncipe perfecto, de Casimiro su nieto, admiracion de su siglo? ¿Qué me diréis del príncipe que hoy reina en el trono de Polonia, que sabe preferir un buen amigo á un reino? ¿Pensais que no tuvieron pasiones? Poco honor les haceis si por esto los colocais en la clase de los verdaderos héroes. Luego hay fuerza en la libertad humana, ayudada por la mano suprema, para triunfar de las pasiones mas furiosas; y si á todos da Dios ojos para ver el mal, á todos dará piés para buscarlo: y si viere que se animan, á todos ayudará para conseguirlo.

47 Quiera el hombre moderar sus pasiones, quiera sériamente esforzarse, que sin saber cómo, se hallará fuerte para vencerlas. Un brazo invencible le ayuda, un vigor interno le corrobora, siente otra alma que anima la suya, otro espíritu que le da un esfuerzo superior á todo. Sean las pasiones como el tigre mas sañudo, ó como el toro mas feroz, ellas caerán á sus piés despedazadas; y cual esforzado Sansón se ve acometido de un leon bravo, el hombre intrépido y valeroso, poniéndole la rodilla doblada sobre su dorada guedeja, le hará gemir oprimido, y desquijarándole entre las manos, le obligará á que exhale entre bramidos su alma furiosa; así hace con sus pasiones el héroe de la *razon*, porque fuerza superior le anima.

48 De este modo reparó el supremo Hacedor su grande obra, habiendo visto que la habia desordenado la caída; y brillando entonces mas las perfecciones divinas del Artífice, cuando la reparó, que

¹* Vivía como un simple labrador, en *Kruswich*, cuando los vaivodas que iban á la asamblea general de eleccion de soberano, habiéndose hospedado en su casa, quedaron tan prendados de su sabiduria, prudencia y virtud, que le eligieron su *Duque*, que era el título que entonces tenían los soberanos de Polonia. (*Núm. 2, 3, 4, 5, vid. Comp. hist.*).

cuando la hizo al principio, supo unir la hidalguía de nuestra libertad con la obediencia *fel* á la *razon*, y concordar el fuego de las pasiones con el amor de la *virtud*. De esta manera bien veis que quedamos libres y señores de nuestra felicidad, como en el principio lo éramos; mas con mucha mayor gloria, mayor mérito, mayor lauro, porque la adquirimos con mucha mayor dificultad.

49 La Princesa que vió á su hermano rendido, teniendo poco empeño, y menos esperanza de reducir la rebeldía de Ibrahin, los convidó á tomar la refaccion que les habia traído, pues que era ya hora oportuna; y comenzaron las criadas á servir las viandas campesinas con tal aseo, primor y bazarria, que aun antes del paladar, ya se habian recreado los demás sentidos.

LIBRO XIV.

Ínterin comen en el campo cuentan historias alegres.—Hospédase Miseno en un palacio encantado.—Explica la parábola diciendo que la alegría de las diversiones terrenas es falsa, como las viandas encantadas.—No se convence, sino que se desespera Ibrahin.—Toda diversion de los sentidos es detestable por prolija; señal de no ser sólida.—Miseno lo confirma, asienta que tienen mil aficciones los que dan libertad á los deseos del corazon.—El que no doma las pasiones se compara al cochero que no sujeta á los brutos del coche.—La furia de la política hace que Gouborek vaya de embajador á Miseno á ofrecerle el trono de Polonia.—Háblale del asunto, y Miseno responde negándose á la corona, núm. 19.—Hospédase Gouborek en casa de la Princesa.

1 Ínterin duraba la refaccion campestre, dejados de industria á un lado los discursos sérios, recreaba la Princesa los ánimos con la conversacion amena y graciosa que su carácter la sugería, y el Conde fué perdiendo del todo aquel aspecto feroz y orgulloso que de repente habia tomado. Solo Ibrahin parecia obstinado ó confuso. Sus palabras eran contadas, su aire sombrío, y sus modales duros; seco en las reflexiones, inflexible en las máximas, engreido en los pensamientos. Sazonaban el Conde y la Princesa las viandas con historias jocosas, y Miseno con semblante risueño y cándido, y con una sinceridad noble, celebraba lo divertido de la conversacion, añadiendo reflexiones muy juiciosas, como quien habia estudiado por los dos grandes libros de la experiencia del mundo, y de la meditacion solitaria. El Conde reprendía el excesivo lujo de la mesa entre los romanos y griegos, despues que unos y otros decayeron de su antigua y loable

sobriedad, como tambien el que hoy se ve en las principales cortes de Europa, prefiriendo á todos esos banquetes aquella simple y gustosa refaccion que su hermana le habia preparado en tan agradable sosiego.

2 Ibrahin malicioso añadia tales reflexiones, que insensiblemente queria persuadir su abominable máxima de que solo en la satisfaccion de las pasiones podia consistir la alegría á que aspiraba todo viviente. Miseno, provocado de la Princesa, tuvo que contribuir á la recreacion de la sociedad con una historia divertida, que le recordó su memoria, y esta fue de un banquete bien extraño, al que él decia haber asistido, y la refirió de este modo:

3 En tiempo que el rey Casimiro, padre del monarca que hoy ocupa el trono de Polonia ¹, hacia grandes conquistas sobre los rusos, tuve yo precision de ir acompañado de solo dos caballeros á examinar cierto terreno y determinados puestos que nos podian ser ventajosos, porque el Rey me habia confiado esos proyectos, y yo no debia comunicarlos á otro. Partí, pues, de ² por el camino que va á Czernigow; y hé aquí que ya de noche, dudosos en los caminos, cansados los caballos, helados los miembros, andando y desandando por un dilatado bosque, nos vimos como naufragando en medio de la tierra. Cuando caminábamos mas para salir de aquel laberinto, mas enredados nos veíamos en él. La luna se habia retirado, y las estrellas no osaban aparecer en aquella negra espesura. Un gran pavor se derramaba por los corazones, y perdíamos el juicio sin saber cómo salir de aquel encanto; cuando de repente nos hallamos en una hermosa alameda que daba entrada á una admirable casa de campo. Dos bellos torreones guarnecian la entrada, que nos conducia por admirables paseos de árboles á la puerta principal, que hallamos abierta y patente. No es tan agradable la aurora en su carro de oro á los ojos del mísero navegante, que en medio del Archipiélago ² á cada momento va á perecer envuelto en tinieblas y peligros, como nos fue aquel maravilloso palacio. No podia desearse hospedaje mejor que el que nos hicieron aquellos caballeros y señoras. En las chimeneas ardian las maderas mas olorosas, las mesas estaban llenas de viandas sumamente delicadas, los vinos eran generosos y exquisitos, y los licores de toda especie; de suerte, que no acabábamos de creer

¹ Era Lesco V, que reinó desde 1194 hasta 1201.

² El Archipiélago es una porcion de mar entre la *Turquia de Europa* y el *Asia*, todo sembrado de islas pequeñas, en el que por esto es facilísimo naufragar en una noche oscura.

lo que estábamos viendo. Siguióse á la mesa la diversion del juego, y la fortuna parecia que iba en nuestra compañía, porque todos tres ganábamos con igual felicidad. Llegó, en fin, el tiempo en que fue preciso retirarnos cada uno á su cuarto para descansar de la fatiga. En una bella sala, que tenia comunicacion con nuestros dormitorios, hallamos con mucha admiracion refrescos con frutas, dulces y licores admirables, y otros mil regalos del mismo género que los de la cena. Á la admiracion de esto se siguió la risa y á esta la critica de tan extravagante costumbre; pero poco despues una debilidad y hambre no esperada, que todos tres sentimos, nos obligó á acercarnos á las mesas, y á probar lo mismo que habíamos reprobado. El frio acompañaba á la flaqueza, las chimeneas lisonjeando solo la vista con unas llamas vivas y vapores aromáticos, no nos calentaban mucho. Como éramos militares, hacíamos motivo de zumba de nuestra misma incomodidad, viendo que ni en las camas ricamente adornadas conciliábamos el sueño, ni en las mesas hallábamos saciedad, ni calor en el fuego: pasada la noche, una inquieta alternativa, de las mesas á la cama, de la cama al fuego, y del fuego otra vez á la mesa, llegó al fin la madrugada; y queriendo salir muy temprano por comodidad de la jornada, y dejar á los criados que nos habian servido alguna señal de nuestra generosidad, visitando nuestros bolsillos, hallamos que cuanto habíamos ganado la noche precedente, habia desaparecido. Este nuevo chasco motivó con novedad la risa, la cual cesó á fuerza de admiracion, cuando al salir del palacio, queriendo fijar bien en la idea el sitio de tan extraordinaria vivienda, al volver los ojos, solo vimos un espeso bosque extendido en una gran conferencia, sin que hubiese en toda su redondez el menor vestigio de aquella casa de campo. Aquí, mirándonos unos á otros, hacíamos mil discursos, y al fin conocimos que todo habia sido un gracioso encanto ó ilusion de nuestra fantasía, con que quiso divertirse algun mágico benévolo.

4 Sin tardar tanto tiempo, dijo el filósofo, se podia conocer que nada era realidad. Fuego que no calienta, cama que no consuela, viandas que no sacian y vino que no vigoriza; bien pronto se ve que son una pura ilusion. Si á mí me aconteciese ese caso, diria al punto á los compañeros que estábamos encantados.

5 El Conde escuchaba, y entre admirado é incrédulo estaba luchando consigo mismo, y llegó á decir á Miseno, que si no fuese su autoridad, ninguna otra podia obligarle á dar crédito á semejante suceso; pues yo pensaba, dijo él, que ninguno lo habia de creer mas prontamente que vos, porque juzgo que muchas veces os habrá acon-

tecido cosa semejante. Esta respuesta inopinada dejó suspenso á Ibrahin y al Conde; la Princesa sonriéndose les dijo que era tambien del voto de Miseno; y esto los enredó mas notablemente, hasta que por último le pidieron que se sirviese explicar el enigma y correr el velo á la parábola, declarando la doctrina que envolvía.

6 Condescendió Miseno, y continuó de este modo: En mi mocedad no perdía ocasion de satisfacer mis pasiones y apetitos. Esta era mi máxima y ley inviolable, y en efecto, en esta jornada que hice con los dos palatinos de Polonia, nos divertimos mucho, alargando la rienda á nuestras inclinaciones y concupiscencias; con todo eso, mi corazon siempre sentía la misma sed de alegría; apenas pasaba la diversion, que solo me recreaba por un instante, cuando yo experimentaba el mismo vacío interior que antecedentemente; nunca mi pobre alma dejaba de padecer una especie de hambre canina, apeteciendo siempre divertimientos, deleites y regalos; y nada me saciaba, porque si despues de haberme divertido bien estaba una tarde solo, luego me hallaba triste é inquieto. Todo mi afan era enlazar con arte los placeres, de manera que sucediesen unos á otros sin interrupción, como vos, Conde, lo acostumbrais hacer tambien, según lo dijisteis. Sin embargo, nada era bastante para llenar el vacío de mi corazon, pues al fin de cualquier deleite venia inmediatamente la melancolía. Ahora, ¿no es esto lo mismo que estar comiendo, y quedarse siempre con hambre? ¿echar ropa, sin adquirir calor que nos consuele? ¿beber á cada momento y sentir la misma sed que antes? Pues ¿por qué no dirémos de los deleites con que nos lisonjean las pasiones, lo mismo que de aquellas viandas encantadas hemos dicho?

7 Las pasiones, amigos míos, si nos dan alegría, mas es una alegría falsa, fantástica y de ilusion, de suerte que jamás el corazon del hombre quedará satisfecho con ella. Vosotros lo experimentais, y ninguno puede negarlo, porque el ansia con que despues de una diversion se procura otra, y despues de conseguir un empeño nos ocupamos en otro, manifiesta que el corazon aun está vacío, que el alma se halla hambrienta, y que todo con lo que la entretenian, era puramente aparente. Decidme, si uno estuviese siempre embolsando dinero y mas dinero, y cuándo buscarse una moneda hallase la bolsa vacía, ¿quién se persuadiría que era verdadero el oro que en ella puso? Lo mismo digo de la alegría de las pasiones. Siempre andaba yo en busca de ella, y la atesoraba con ambicion y avaricia; en hallándome solo, iba á buscar en el fondo de mi corazon un poco de

alegría que habia juntado, y me hallaba desconsolado, descontento y triste¹.

8 Jamás, dijo el Conde, nos hicisteis argumento tan concluyente, ni pintura tan clara de lo que por mí ha pasado en toda mi vida. Ved, Ibrahin, como era errado el camino que me enseñabais para la alegría sólida. Apelábais del tribunal del discurso al de la experiencia, y ahora veis que en este sois condenado igualmente. Si las pasiones diesen alegría, creed, Ibrahin, que ninguno la podría tener mayor que yo, porque ninguno habrá seguido sus pasiones con mayor empeño; y no obstante eso, jamás hubo persona mas perseguida de la tristeza.

9 No podia Ibrahin disimular la cólera interior que se le trasladaba por los ojos, y el incendio de sus pasiones humeaba por todo el semblante. Veíase convencido por quien no tenia como él profesion de estudios, que era lo mismo que verse un militar postrado en desafío por un paisano. La confusion le perturbaba, el discurso y la política le hacian reprimendas injurias, que es el último recurso de quien queda vencido, cuando la soberbia no le permite confesar la victoria. Esta lucha interior de su alma, que se batía con todas las pasiones á un tiempo, se dejaba ver tambien en el exterior: quería hablar, pero callaba sin que se conociese lo que quería decir.

10 La Princesa, que estaba empeñada en el triunfo, hallando á su enemigo aturdido, quiso, aunque con brazo femenino, correrle nueva lanza, á ver si lo rendía del todo, y le dijo así: Para entender, Ibrahin, que la satisfaccion de nuestras pasiones no puede dar alegría verdadera, basta ver que lo mismo que al principio nos da gusto, siendo continuado cansa, fastidia y finalmente aflige. La música mas armoniosa, la mesa mas delicada, el teatro mas completo, en pasando cierto tiempo comienza á enfadar, de suerte, que si nos obligasen por fuerza á proseguir en esos mismos deleites sin alguna variedad, por nueve ó diez horas continuas, nos seria un tormento desesperado. Haced, Ibrahin, anatomía de nuestra alma, y hallaréis que su paladar es por extremo delicado, y que fácilmente se embota; de manera, que á fuerza de continuacion, el gusto se muda en fastidio, el fastidio en angustia, la angustia en tédio, y el tédio en desesperacion. Ahora bien, ¿cuándo se vió jamás esta paradoja, que

¹ Aun cuando el hombre desea alguna cosa ilícita, busca siempre algun atributo de Dios, como *felicidad, alegría*; y como no la busca donde la debe buscar (que es en Dios) queda burlado, y siempre inquieto. (*Ex cap. 31 Soliloq. D. Aug. J.*)

el origen de la verdadera alegría llegase á causar tristeza? Perdonadme si me meto á filósofa, porque aunque mujer, como deseo tener parte en el descubrimiento de este tesoro, quiero dar de cuando en cuando mi azadonada con el discurso, porque de otro modo no participaré de él. ¿Qué os parece, Miseno?

11 El sistema de querer contentar las pasiones, la respondió, tan léjos está de ser el origen de nuestra alegría, que solo lo será de muchas aflicciones y tristezas. Nuestro corazon tiene grandes alas, y batiéndolas con ansia, se levanta en el aire en busca de lo que desea, nunca vuela tierra á tierra como las golondrinas: imita las águilas, que se remontan siempre, y no saben volar sino á lo alto, despreciando la humilde region de lo fácil; porque solo lo que es difícil estimula nuestro apetito. Á mas de eso, el corazon volando por esa region vastísima siempre sube; y apenas consigue lo que deseaba, ya desca cosas mas altas. Así crece con el vuelo la dificultad, con la dificultad el cansancio, y con este el disgusto; mas el corazon siempre bate las alas sacando nuevas fuerzas de su fuerza. Y si acontece encontrar algun estorbo, y que despues de mucha fatiga felizmente lo vence, entonces fundando sobre esa victoria nuevas esperanzas, aun se remonta mas. Finalmente, bien veis que subiendo siempre el deseo, por fuerza ha de pasar de la esfera de lo difícil, y entrar en lo que ya es moralmente imposible; y en tales circunstancias, cuantos deseos tenemos, tantos disgustos nos preparamos, porque nuestro corazon, Ibrahin, embrollado con la dificultad que no puede vencer, es como el ave cogida en el lazo, que cuanto mas bate las alas, tanto mas se lo aprieta. De aquí es, que quien se determina á dar satisfaccion á sus pasiones, va á buscar indispensablemente mil disgustos, tristezas y aflicciones.

12 Revienta furioso el volcan, cuando ardiendo largo tiempo el subterráneo fuego no halla respiradero por donde poco á poco se desahogue, y esto mismo hizo el incendio que el espíritu de la *soberbia* levantó en el corazon del Mahometano. Entre mil pasmos, admiraciones y espantos se ponía las manos en la cabeza, y apenas se levantaba de su lugar, cuando se volvía á él. Ponía á los cielos por testigos: quejábase á los vientos y á las peñas, y sin acabar de explicar lo que decia, no ponía atencion en lo mismo que pronunciaba. Estaba el Conde observando y mirando como en un espejo los efectos de la pasion de Ibrahin, y veía que la tal pasion le cegaba para no ver la verdad, y verdad tan clara, que hasta el mas ignorante la confesaria: y esta doctrina muda, hablándole en el filósofo,

le era de grande provecho. Entre tanto, ninguno chistaba ni le contradecía; y despues que el volcan vomitó piedras, llamas y humo, esto es, injurias, dicerios y palabras confusas, ya algun tanto mas sosegado, decia con ironía, que daba gracias al cielo de haber nacido en tiempos tan dichosos, en los cuales se descubria lo que ningun sábio hasta estas edades habia descubierto: que de allí en adelante cuando quisiese alegrar á sus amigos y convidados, procuraria con todo estudio é industria mortificarles los apetitos, reprimirles las pasiones, humillarles la vanidad y orgullo, y herirles el amor propio, ya que el reprimir las pasiones, segun la nueva filosofía, era el medio de hallar el mas sólido contentamiento. Y despues volviéndose hácia las criadas que allí se habian quedado, con vilísima pobreza de alma, mendigaba sus sufragios á falta de otros mejores, y pensaba que era aprobacion tácita la risa que de él hacian: que tan ciego tenia el entendimiento. Añadia que ninguno habia sido mas benigno con los hombres que el famoso Nemo, pues que en sus tiranías, quebrantando las pasiones de los otros, se procuraba, segun la doctrina de Miseno, la alegría mas completa. No tengo mas que aprender, decia: esta leccion me basta; y despidiéndose con cierto pretexto, tomó su báculo, y se retiró desconfiado.

13 Celebraron los dos hermanos, como era justo, la retirada del filósofo; y Miseno todo aplicado á la instruccion del Conde, le dice: Las pasiones, amigo, son, como ya os dije, semejantes á los brutos: domadas sirven para darnos gusto, rebeldes y sueltas solo para nuestra ruina sirven. Si el cochero cobarde y negligente afloja las riendas á los caballos, porque los halla indómitos y furiosos, ¿qué efectos puede esperar de su flojedad y pereza? El coche va sin gobierno, y corre precipitado, aquí se tuerce, allí cae, allí va el cochero arrastrado, los caballos le pasan por encima, pasan por encima de él las ruedas, y al fin le sacan de entre los piés de los caballos atropellado, herido y muerto. ¡Cuánto mejor le hubiera sido tener las riendas tirantes y sujetar, aunque le costase fatiga, los ímpetus de los brutos! Mis amigos, los daños que se nos siguen cuando dejamos correr á rienda suelta nuestras pasiones, siempre son su mayormente mayores que el trabajo de refrenarlas; así cuando no fuese sino por evitar tan grandes disgustos, debíamos siempre gobernar por la *razon* nuestras pasiones y apetitos. En estos y otros discursos semejantes estaban los tres amigos ocupados, cuando un imprevisto suceso vino á interrumpirlos.

14 Esa detestable furia, que con las máximas de la falsa *politica*

acostumbra *intrigar* * los soberanos, abrasar los reinos, y poner en perpétua discordia al mundo entero; esa furia, digo, en el subterráneo conciliábulo habia tomado por empresa estorbar, por medio de la separacion del Conde y de Miseno, la introduccion de la sana filosofía, que era tan funesta al infierno; y así alizando el fuego mal apagado en los Estados de Polonia, hizo venir un embajador de Lesco dirigido á Miseno.

15 Como el embajador solo confusamente sabia dónde Uladislao se ocultaba, andaba discurriendo por aquellos montes para descubrirle. Hé aquí que se encuentra con Ibrahin, que se habia ausentado de la compañía de la Princesa. Ve esta señora á lo léjos sobre la cumbre de la sierra fronteriza un noble caballero, que encontrándose con el filósofo, se para: observa que Ibrahin parecia estar muy intrincado con las preguntas del extranjero, que señalaba hácia el sitio en que Miseno estaba, y que separándose, seguia cada cual su camino. Tomó el caballero la bajada que venia á parar al puente, y de esto infirieron se dirigia á buscarlo. Los discursos se hacian para adivinar lo que seria; últimamente determinaron la Princesa y el Conde salirle al encuentro para estar mas cerca de casa, por si hubiesen, como pensaban, de volver á ella; y por eso se despidieron de Miseno; el cual muy sosegado se tornó á su trabajo de cultivar la tierra, ó por mejor decir, aquellas ingratas peñas.

16 Á pocos pasos que dieron encontraron al caballero que preguntaba por *Uladislao*, que habia sido rey de Polonia, de quien por indicios se sabia que habitaba incógnito en aquellos ásperos montes. La Princesa turbada, dudando si debia confesar ú ocultar el secreto; mas acordándose del juramento que habia prestado, respondió políticamente: En estos montes conozco pocos dias há un varon respetable por su juicio, costumbres y prudencia, que se llama Miseno; ignoro quién sea; pero viéndole vos, podréis conocerle y salir de la duda. Solo puedo aseguraros, que si la corona se debe á los méritos, ninguno la puede ceñir en su cabeza con mayor justicia que él.

17 Parte con esta noticia el caballero contento, sube la montaña, y halla á Miseno del todo desprevenido. La barba larga, blanco el cabello, el vestido grosero y el traje rústico habian mudado su figura; mas ninguna mudanza se advertia en Gouborek, valido íntimo de Lesco, llamado el *Blanco*, que era el caballero que venia con la embajada. Apenas le vió Miseno, le conoció: se asusta y queda suspeso, previendo que alguna gran novedad venia á interrumpirle el so-

siego que gozaba en aquel dulce retiro. La locucion de Miseno certificó al caballero de quién era; iba á arrojarle á sus piés, como á los de su soberano, lo que Miseno no quiso consentir por ningun modo. Pasado el momento de las admiraciones recíprocas, dijo Gouborek de esta manera:

18 Señor, si el amor de la patria y de los hijos no es contrario á la filosofía que profesais, la Polonia tiene en vos todas sus esperanzas para escapar del último precipicio, á que la falsa política la ha llevado. Todas las subterráneas é infernales cavernas, forjando sin cesar las saetas mas agudas, y envenenándolas en la sangre de los dragones de la laguna *Estigia* *, no podrian bastar á proveer de armas á esta monstruosa furia de la política, que en la Polonia no hace sino soplar la mas deplorable discordia, no solo entre los vasallos y el soberano, sino tambien entre todos los miembros de esta indomable monarquía. Ya sabeis el empeño que todos los pueblos tenian cuando Lesco debia subir al trono de que me desterrase de la corte. La infeliz confianza que el príncipe tuvo desde sus primeros años en mis consejos, los tenía autorizados, de suerte que querian negarle la obediencia, como visteis, si no me separaba de sí. Vos, señor, sois testigo que con ejemplo raro prefirió este Príncipe un amigo á un trono. Juzgad ahora con cuánto mayor vínculo se debia unir mi corazon á quien me daba pruebas de tan extraordinaria amistad. Desde aquel momento, pues, vivia Lesco en mí, y yo vivia en él: una sola alma animaba los dos cuerpos: no habia sino un solo entendimiento en los dos y una sola voluntad. Subió en fin Lesco al trono, cuando lo dejásteis vos, porque el entusiasmo de un pueblo guerrero se olvidó en el fervor de un triunfo de las máximas políticas que siempre habia adoptado. Ahora, pues, reviven estas; y como vibras escondidas por largos tiempos en el seno de la madre que las engendró, han engrosado sus furiosas cabezas, y refinado su veneno. Hoy mas que nunca está el Rey unido conmigo, y los pueblos nunca mas orgullosos no pueden sufrir que yo le ayude á manejar las riendas del Gobierno, cuando los brutos están casi tomando el freno con los dientes para precipitar del todo el carro de la monarquía. El Rey, ó sea desconfiado de sus fuerzas, ó ciego de mi amistad, de ninguna manera quiere que me separe de él, que es lo que yo deseo y él debiera querer. En esta situacion os aseguro que me aflige tanta honra, y que tanto cariño me despedaza las entrañas. Ve mi afliccion, y esto duplica la suya. *Por eso me envia aquí, para que vos compadecido del estado miserable en que se hallan vuestro soberano, vuestra*

patria y los que ya fueron vuestros hijos, querais volver al trono que con tanta paz ocupásteis.

19 Los pueblos, acordándose de vuestro suavísimo gobierno, á cada momento os nombran: no suena en las asambleas otro nombre sino el de *Uladislao*: los viejos lo pronuncian llorando de pena de haberlos perdido; los mozos de rabia, y hasta los niños bebiendo en la leche el afecto de los padres, aprenden á hablar pronunciando vuestro agradable nombre. En una palabra, todos con ansia os desean. El cielo se ve ya cansado de los votos que se le hacen día y noche, para que os descubran los que ignoran cuál sea la venturosa ciudad que os posee; y si lo supiesen, vendrían todos aquí á llevaros en triunfo. Solo Lesco tiene algunos indicios de vuestra habitacion escondida; y él, mas que todos, os pide que no negueis á vuestra madre la patria este socorro en su última ruina; que concedais á vuestra sangre el remedio único de su afliccion inconsolable; que os acordéis que él es vuestro primo y vuestro amigo; que ya os cedió la primera vez la corona, y que solo por fuerza la recibió de vuestra mano cuando la dejásteis; que si la circunstancia de los pueblos os ofendió, bien arrepentidos se muestran ahora de su primer yerro; que de esta vez seréis mas obedecido, pues os aman con preferencia, que siempre los yerros del principio fueron ensayos del acierto de los fines. Esto dijo, y postrándose en tierra, le queria besar la mano, intitulándole su soberano.

20 No profaneis ese título, le dijo Miseno enfadado, que solo se debe á vuestro legítimo Rey, y á ningun otro se aplica. Diréis á mi primo que no tiene resistir al cielo por obedecer á nuestro capricho y pasiones; que así como no es lícito aspirar al trono, cuando el cielo no nos llama, tampoco es permitido descender de allí, cuando el brazo soberano nos ha colocado en él; y que Dios, de quien dimana todo el poder y soberanía, está obligado á dar fuerza competente á las manos en donde él con la suya pone el cetro. La experiencia me hizo ver que las mias no eran propias para manejarlo, y por eso no obstante que los hombres me le quisieron dar, me lo arrancó el cielo de ellas. Yo sé cuánto me pesaba, y que mi cabeza no podia sostener la corona que tanto me oprimia. Los pueblos se disgustaban, Lesco lo presencié, vos mismo lo visteis. Mi padre tres veces subió al trono, y otras tantas se vió obligado á bajar de él: la muerte le recogió en sus brazos, conduciéndole al descanso despues de una vida tan agitada con las alternativas de la fortuna; ¿y ahora estaré yo obligado á heredar de él la misma funesta alternativa? Quiero,

pues, aprender del ejemplo ajeno, cuando tan cerca le tengo, las máximas convenientes para burlarme del mundo y de la fortuna.

21 Debo amor á los pueblos, y á la patria y á la sangre: no puedo negarlo; pero este mismo amor me obliga á aconsejaros lo que conduce al bien de todos. Lesco nació para reinar en Polonia: yo lo conozco; y conozco tambien el trono. Sé mejor que todos, si uno se ajusta con el otro. Decidle, pues, que sepa vencerse á sí mismo, ya que ha triunfado de tantos enenigos; y que si estos no pudieron vencerle, no quiera ahora ser arruinado por causa de un amigo: que las pasiones que en otro tiempo fueron las mas inocentes y justas, se convierten muchas veces en defectos, cuando las circunstancias se mudan. En el principio del gobierno le érais vos necesario: ahora le es nociva vuestra asistencia. Entonces fue heroismo preferir un buen amigo al trono: ahora es crimen preferir al bien público la particular amistad. Entonces la desconfianza de las propias fuerzas en un empeño nuevo y en edad tan tierna fue prudencia: ahora despues de la experiencia y madurez es cobardía. ¿Qué dirán los pueblos? ¿Qué su príncipe los abandona por un solo vasallo! Un hombre debe estimar á su amigo; pero solo debe dar por esta amistad su justo precio, y no debe conservarla á costa del público. ¿Qué dirian de un padre, que por el simple gusto de la asistencia de un amigo dejase que sus propios hijos se degollasen mutuamente, sin acudir á evitar en su casa tan funestos desastres? Pues lo mismo dirán de mi primo, si por el ocioso y femenil gusto de teneros á su lado deja caer la monarquía en rebeliones y guerras civiles. Si yo aceptase la oferta del trono, vos seriais el odio de los vasallos, viendo todos que por la causa de verse privados de un príncipe tan sábio como es vuestro Soberano; un príncipe tal, que solo él puede hacer toda la felicidad de los Estados. ¿Qué mayor daño podrian causar los enemigos con una batalla campal, en que llevasen prisionero á Lesco? Lo que harian era privar á sus vasallos de un gran rey, y robarles el mejor padre á sus hijos. Pues otro tanto hace el funesto tema de vuestra mal ordenada amistad. Vos seréis mirado como un traidor, pues por el interés del valimiento consentís en esta pérdida universal, sacrificando la patria á vuestra ambicion, ó á la pasion ciega del amor.

22 No, mi amigo, si hasta aquí fuisteis digno de la amistad de vuestro monarca por los buenos consejos que le habeis dado, ahora no lo seréis si le aprobais esta resolucion indecorosa. Mientras mi primo os ve, no tiene su corazon valor para deciros que os apartéis de su lado: pero ahora en vuestra ausencia puede respirar del cautive-

rio; cautiverio, aunque suave, funesto. Retiraos, pues, vos mismo, y desde vuestro retiro escribidle todas estas razones á vuestro soberano. Si sois amigo de vuestro rey, tambien sois polaco, y debeis á vuestra patria mas que á vuestro príncipe, porque es deuda mas antigua; y aquella que os dió el ser no debe posponerse á quien solamente os aumentó la fortuna. De vuestro retiro se seguirá la tranquilidad de los pueblos, la paz del monarca, la mútua armonía entre ellos, y el bien general de los Estados; al mismo tiempo que si insistís en condescender con mi primo su mal dirigida pasion, él se pierde, vos seréis aborrecido, y la patria se arruinará del todo.

23 Por lo que á mí me toca, él y vos podeis estar seguros de que nunca aprobaré por ningun interés lo que mi razon condena. Decid á Lesco, y decid á todo el mundo, que yo quiero trono mas alto, corona mas noble y victorias mas gloriosas. *Quiero reinar sobre mis pasiones, y triunfar totalmente de ellas*: esta es mi respuesta decisiva.

24 Esto profirió con un aire tan majestuoso y resuelto, que Gouborek no se atrevió á replicar; y prometió obedecerle en todo con el mayor respeto y rendimiento. A este tiempo llegó un criado de la Princesa, que pedia á Miseno ofreciese á aquel caballero hospedaje en su palacio, supuesta la aspereza de aquellos desiertos montes. Miseno lo hizo con urbanidad política, recomendándole el secreto de la persona y de la embajada; lo que él prometió retirándose muy triste.

25 Fue Gouborek hospedado por la Princesa con magnificencia y urbanidad; y reinando mútuamente la política, el extranjero ocultaba los secretos de su embajada, y los huéspedes el conocimiento que tenian de la persona de Miseno, siendo las bellas cualidades de este solitario en los montes el asunto de la conversacion, que con estudio unos urdian, y el otro cortaba. Mas el dia siguiente, cuando agrado se retiraba Miseno, por algunas palabras que se le escaparon al Embajador, sospecharon los dos hermanos el motivo de su diligencia y su resulta, creyendo Gouborek que no tenian aquellos príncipes el menor antecedente de sus ambiguas expresiones.

26 Miseno por su parte quedó cuidadoso despues de la embajada de Lesco; pero confirmándose en su antiguo pensamiento, se decia á sí mismo: ¿Cuánto mas glorioso seria Lesco, si quisiese reinar sobre sí y domar sus pasiones? Infeliz es todo hombre que se deja llevar de ellas, aunque la pasion sea la mas inocente, porque siempre es ser arrastrado de otro, lo que, aunque por mejor camino, es indigno y dañoso. No se atreve mi primo á violentar su corazon: le duele cuando le oprime, y esto á todos cuesta. Obre él, pues, como qui-

siere, que yo á toda costa he de insistir en reprimir siempre mis pasiones. Muchas circunstancias me han de suavizar este trabajo; porque por una parte la fuerza de las pasiones, cuando se subyugan, siempre va á menos, al modo que faltando el pábulo á la llama cada vez se debilita mas, hasta que por sí misma se acaba. Por otra parte, las fuerzas del alma se aumentan con el ejercicio de la lucha. ¡Qué vigoroso no se halla el brazo del soldado veterano, que por largo tiempo ha manejado el escudo, vibrado la lanza y esgrimido la espada! ¿Qué cosa hay que aunque sea difícil al principio, no venga á ser fácil con el uso? ¿Y no será lo mismo en esta empresa de vencerme á mí propio? Ánimo, Uladislao, triunfen los demás de los brutos, de los bárbaros ó de los crueles enemigos, que yo triunfaré de mí propio. Sé que además de lo que me ha costado, aun he de trabajar muchísimo. Estoy viendo á gran distancia mil combates; pero no importa. No puedo ser feliz de otro modo, ni tampoco por eso quiero dejar de serlo. Tal como todo el infierno se armará contra mí para hacerme retroceder en el camino de la empresa. Mas en buen hora, que el cielo se armará para ayudarme. «*La luz de la razon, que es la voz del Ser supremo, ha de ser la guia de mis pasiones; esta luz ha de ir delante, y despues la deben ellos seguir.*» Piensan los mas que ya las tengo totalmente vencidas y muertas; pero se engañan. Los movimientos repentinos que en mí siento, muestran que aun están vivas, bien que refrenadas. Por tanto, siempre me es preciso estudio, vigilancia y cautela; y ya que las pasiones solo mueren cuando morimos, solo con la muerte debo cesar de este cuidado¹. Así hablaba Miseno, y así se animaba él mismo á proseguir en su empresa.

¹ Sujetar las pasiones es posible en esta vida con la gracia; mas darías muerte antes de la muerte, es imposible. (S. Dorot. serm. 8).